



Bang, bang; piñau, piñau

por Sergio Parra Castillo

Como cada mañana a aquella hora, la ciudad se encontraba en su punto álgido en cuanto a tráfico se refería.

A aquellas horas había un tráfico de mil diablos. La misma mierda de cada mañana.

El calor era sofocante, así que me aflojé el nudo de la corbata. Llegaba tarde. Aceleré el paso.

El puto calor era insoportable y aún no habían arreglado el puñetero aire acondicionado del autobús. Jodido tráfico. Puse la primera y apreté el acelerador con brusquedad. Al menos, imaginarme que estaba en plena persecución policial me aliviaba del monótono recorrido que debía hacer cada día. Tras la protesta de un pasajero de avanzada edad, reparé en que me había excedido en mi papel de delincuente huido de la justicia... y que aquel viejo cascarrabias no había visto la película de la noche anterior.

Un viandante me cortó el paso.

–¡Mierda...! –mascullé apretando el pedal del freno hasta el fondo.

–¡Mira por donde vas! –le grité, aflojando un poco más la corbata. –¡El semáforo está en rojo!

Aquel temerario conductor, que gesticulaba espasmódicamente y parecía estar acordándose de toda mi parentela, tenía un pelo rizado, semejante al de una oveja, y sólo le cubría un tercio del cráneo. Obeso y con cara de ser un analfabeto, no me sorprendía que lo hubiesen puesto tras aquel volante: tal y como se conducía últimamente hasta un gorila hubiese podido desempeñar aquella tarea.

–¡Gilipollas!

Aquel imbécil trajeado, con una maletita Samsonite y la estúpida sonrisa de suficiencia del que no le importa poner en peligro la vida de veinte pasajeros, parecía estar ciego. Y no me extrañaría que lo estuviera, pues con sus gafas de sol envolventes seguro que no veía un pijo. Tal vez se deba a algún tipo de incompatibilidad astrológica, pero los trajeados me dan arcadas.

–¡Apártate, gilipollas!

–Dios mío, ¿qué pasa? ¿Qué son esos frenazos? –Otra vieja. Parecía que condujera un geriátrico andante.

–Señora, cállese un poquito, ¿no ha leído el letrero que prohíbe molestar al conductor?

Continué mi camino, apretando los puños.

Tensé la mandíbula y metí la primera.

Pero algo había cambiado.

Me sentía diferente.



Cuando hube recorrido un par de manzanas, noté como algo crujía en mi interior. Me resulta difícil describirlo. Era como si el chasquido de una articulación se uniese al borborismo de un estómago vacío: con la particularidad de que se empezó a repetir incesantemente por todo mi cuerpo.

Algo andaba mal. Comencé a sudar. Solté mi maletín. Mi respiración se aceleraba, convirtiéndose en un jadeo.

No fue una transición gradual, pasé de un estado al otro en un instante. La parte delantera de mi cuerpo comenzó a quemarme, un ardor insoportable, e inmediatamente después más de doscientos orificios reddecoraron mi traje. Mi pecho, mis brazos, mi cintura, mi entrepierna, mis muslos... toda la zona frontal de mi cuerpo se vio salpicada por agujeros de bala, como si me hubiesen acibillado. Sin embargo, advertí de inmediato que yo era el que había empezado a acibillar al mundo.

Frené el autobús haciendo chirriar las ruedas contra el asfalto. Fue como si una nube de jodidos insectos metálicos se abalanzara sobre la carrocería. Me volteé para ver las consecuencias de aquel repiqueteo, aquel concierto macabro. Los proyectiles habían agujereado el techo y roto en añicos todas las ventanas. A consecuencia de mi brusco frenazo, decenas de cuerpos sin vida salieron proyectados hacia delante, tiñéndolo todo de sangre.

–¡Dios mío! –exclamé, protegiéndome el rostro de la lluvia de cristales.

Todos habían muerto en pocos segundos, pero el ataque no cesó.

Lancé un alarido de terror, de desconcierto. Toda aquella situación se me antojaba esperpéntica. Me encontraba en una amplia plaza arbolada cuando tuvo lugar aquel fenómeno incomprensible. Ahora los árboles yacían descuajados, astillados, volatilizados, como un millar de mondadientes flotando por doquier. Todo lo demás presentaba idéntico aspecto: el suelo de grava, los cristales de los escaparates, las fachadas de los edificios, los bancos de madera, los perros y los transeúntes. Los transeúntes también habían sido triturados por mi cuerpo.

Ya no cabía duda: alrededor de los orificios de mi ropa se habían formado unos redondeles negros, mi corbata había aleteado una fracción de segundo como un vivaracho pez fuera del agua antes de deshacerse en mil pedazos y las ráfagas centelleantes brotaban de mi cuerpo. Todo ello evidenciaba que yo era el origen de aquella masacre.

–Aquí el setenta y uno. Número setenta y uno. Estoy en Valencia con Diputación. Número setenta y uno. Me están... –me sentí un imbécil al articular aquella palabra, era algo que me había acostumbrado a oír sólo en las películas– disparando. Socorro. ¡Me están disparando!

Durante unos minutos, no hice nada más. Me quedé allí, agazapado bajo mi asiento, jadeando una ayuda a través de la radio; tratando de asimilar lo que sucedía a mi alrededor. Luego empecé a temblar. Vomité todo mi desayuno. Sin embargo, no conseguí conmover a ninguno de aquellos atacantes; mi actuación únicamente sirvió para compadecerme más de mí



mismo y sollozar con más ímpetu. Los disparos no se detenían y la radio murió.

Los disparos no se detenían. Yo estaba paralizado, pero mi cuerpo continuaba tableteando, inexorable, vomitando fuego por todos aquellos orificios. Todo a mi alrededor desaparecía progresivamente bajo una insólita fuerza devastadora que se había apoderado de mí. Yo gritaba, intentaba pedir ayuda. Pero nadie podía acercarse. Yo era la Muerte. O peor. Porque yo era como una concentración de doscientas ametralladoras disparando sin descanso, proyectando un haz mortal que destruía todo lo que se situaba frente a mí en un radio de quinientos metros.

Giré mi cabeza sin mover el cuerpo. Detrás de mí todo continuaba intacto, pero la gente había huido. Me encontraba solo. Ni en las películas de acción más desatada había tenido oportunidad de presenciar semejante grado de violencia.

El techo empezó a desintegrarse. Sí, literalmente. Había recibido ya tantos impactos de bala que no quedaba superficie para recibir ni uno más.

Siempre había pensado que un agujero de bala era como un agujero negro, engullía la materia circundante, dejando la Nada como único vestigio de su paso. En aquellos momentos comprobaba lo que sucedía si se formaban más agujeros negros que materia para alimentarlos.

Al principio, demasiado aturdido para actuar con coherencia, me mantuve erguido, ligeramente arqueado hacia atrás para que los proyectiles surcaran el aire sin dañar a nadie. Me sentía como una estatua de Pascua –por mi ridícula postura y por el fosilizado cerebro que me había llevado a ella. Gracias a Dios el retroceso de los disparos era muy leve y a mis patéticos intentos por evitar destruir la ciudad no se les unió la imitación de un tentetieso; adelante y atrás, tratando de mantener el equilibrio como un escuálido pájaro sin alas.

Minutos más tarde opté por tumbarme en el suelo de grava, en decúbito supino: una postura mucho más inteligente y menos afectada.

Detenidas mis labores de demolición, busqué una salida mientras continuaba arrasando el aire por encima de mí.

Me encontraba intacto. Todo seguía saltando por los aires y yo no había recibido ni un rasguño, sólo algunos pequeños cortes en las manos y en la frente producto de los fragmentos de cristal. Mi silla prácticamente había desaparecido, la mitad de mi cuerpo se encontraba al descubierto, pero no me disparaban. El autobús ya no era más que un montón de chatarra irreconocible, abierta como las valvas de una almeja. Y en su interior, entre el repugnante batiburrillo de sangre, huesos, músculos, hierro, cristales y cemento, yo era la perla. Perfecta y redonda. Limpia. Intocable.

Mis oídos silbaban, la música era demasiado estentórea. Y si después de media hora aún no se había terminado la canción, empezaba a dudar que concluyera alguna vez.



Decidí abandonar mi endeble parapeto y caminé sin rumbo, cubierto por los restos orgánicos y calientes de mi hogar, de mi almeja. Rodeado, no podía olvidarlo, de los jodidos disparos.

¿Por qué me había transformado en una cabeza nuclear de un megatón? ¿En un escalpelo humano? ¿En un tigre sediento de sangre? ¿En un virus caliente y aerófilo?

Mi cuerpo disparaba ráfagas continuas de ametralladora por doscientos orificios practicados en mi carne –mi ausencia de ropa, hecha trizas, me permitía comprobarlo con mis propios ojos. La munición era infinita, no sabía cómo podía fabricarla mi cuerpo. El calor y el humo que desprendería cualquier arma bajo aquellas exigentes condiciones de uso no tenían ningún efecto en mí. El tableteo era suave, casi hipnótico, como sofocado por un silenciador –doscientos silenciadores. Toda lógica quedaba derribada y luego pisoteada con saña tras aquellas consideraciones.

Escruté las ventanas. El despejado cielo. Las calles vacías, acribilladas. Nada. Ningún francotirador. Ningún helicóptero o avión. Nada. Sólo yo. Y un haz de proyectiles que me seguía a cualquier parte, convirtiendo en queso de Gruyère todo lo que se hallase a menos de cien metros de mi posición.

Las balas silbaban sin ningún orden, provenían de todos los sitios a la vez. No existía ninguna regularidad, ningún objetivo. Lo único evidente era que yo no entraba en los planes de aquella vorágine. Yo era lo único que sobrevivía.

Corrí hasta que mi corazón y mis músculos se desgañitaron en protestas. Descansé y volví a correr.

Me refugié en el vestíbulo de un hotel pero también éste fue demolido. Aquel ataque masivo era extraordinariamente minucioso. No pude evitar que se me escapase una carcajada.

No me daban tiempo para recobrar el aliento. No se detenían ni un instante con objeto de recargar sus armas. Tras unos minutos interminables advertí que debía resignarme a aquella andanada de proyectiles. El miedo se fue diluyendo porque se cuidaban de no herirme. Pero la ausencia de miedo dio paso a la desesperación. Me tapé los oídos con las manos y grité con todas mis fuerzas.

El ulular de los coches celulares de la policía me tranquilizó. Cada vez se acercaban más. Me puse lo más erguido posible, apuntando al despejado cielo azul, sin mover ni un sólo músculo. Si dañaba a algo o a alguien más, ya me podía olvidar de cualquier tipo de ayuda. Si asumían que no había forma de acercarse a mí sin sufrir bajas... sacudí la cabeza, no era el momento de ser negativo. Debía concentrarme, no disparar a nadie más. Una vida pierde su valor cuando pone en juego las de miles de personas: es simple matemática.



–¡Por favor, por favor, por favor! –bramaba con ojos implorantes. No sabía a quien me dirigía ni cuáles eran sus intereses. No entendía nada. ¿Hay algo más terrorífico que perder las nociones de lo que es bueno o malo, útil o inútil, correcto o incorrecto?

Cada vez que me acercaba a algo, se esfumaba. Me pregunté si existiría algún medio para reparar el daño causado y concluí que no lo había, que todo lo que había destruido no volvería a aparecer.

No recibí ninguna respuesta o señal a mis súplicas. Era como si la respuesta ya fuera no desde un principio; una negación categórica, inapelable, largamente meditada. Sólo me permitían desahogarme, usando el silencio como respuesta a fin de hacerme creer que recapacitaban mi petición, para que la esperanza creciera en mi interior como un cactus, cubierto de espinas, agudizando así la tortura que me infligían. No obstante, ya conocía su jodido juego. No pensaba tener ningún otro desliz mental con aquellos malnacidos.

No hubo amargura en mi decisión. Me lo planteé como un hecho cotidiano más, como el que espanta a un insistente y hambriento mosquito. Yo espanté mi vida con idéntico gesto mecánico, sin reflexionar sobre las consecuencias.

Traté de interponerme entre los proyectiles y sus erráticos objetivos. Lo intenté una, dos, tres veces. Incluso llegué a saltar hacia ellos, a hacer movimientos rápidos y espasmódicos con objeto de coger desprevenidos a mis francotiradores. No funcionó. Mi situación era sobrenatural, una especie de castigo divino, y por lo tanto no había modo de eludirlo –de interceptarlo, en este caso.

Lo comprendí. En mi cabeza no aconteció ninguna sesuda reflexión o descubrimiento. Fueron los millones de proyectiles que destruían el mundo que me rodeaba los que, abruptamente, me arrancaron de la cabeza la idea del suicidio. Lo comprendí. No podía conseguir que aquellas balas me segasen la vida porque no eran balas, sino un mensaje repetido incesantemente y a una velocidad endiablada: no podrás vivir, pero tampoco podrás morir.

No era una indirecta delicada y sutil. El mensaje resultaba claro y contundente y, sin embargo, había necesitado todo aquel tiempo para captarlo.

No lo pude evitar, cuando ellos se encontraban a escasos metros de mí, nuevos orificios se abrieron en mis hombros y en la planta de mis pies. Acabé con el último vestigio de ayuda. Helicópteros. Ambulancias. Policía. Bomberos. Todos volaron por aires.

Me levanté, poseído por una fuerza renovada, y huí de la ciudad, destruyéndolo todo a mi paso. Nadie podría ayudarme, pero al menos dejaría de matar. Como un orate, desnudo y rodeado de ráfagas mortales, me adentré en las montañas que rodeaban la ciudad.



No sabía qué me proponía exactamente, pero carecía de importancia. Demasiados muertos en un solo día, estaba cansado de la muerte, de mi vida y de mis intentos patéticos de continuar existiendo.

Mi chaqueta de madrás ya estaba tiznada por completo, pero me protegía de las esquirlas de cemento y cristales que impactaban contra mi cuerpo. Era curioso, si hubiera sabido a ciencia cierta que despojándome de ella la metralla me mataría, lo hubiese hecho sin dudar. No obstante, desprotegerme de semejante modo sólo hubiese encrudecido la agonía.

Se me cruzó la imagen de mis hijos y mi mujer. Laura y Javier estarían en el colegio en aquel mismo instante, a pocos minutos de finalizar su última clase del día. ¿Les habrían mandado muchos deberes? ¿Tendrían miedo de presentarme la nota de algún examen para que la firmase? Sonreí con amargura. Esos pensamientos cotidianos me abrasaban por dentro, haciendo insostenible por más tiempo mi surrealista situación. No fue hasta que el rostro de mi mujer se coló de rondón en mi cabeza que decidí hacerlo. Iba a sufrir... y en todos los sentidos.

Había anochecido.

En la oscuridad del bosque, un observador situado en una posición cenital hubiese atisbado un débil chisporroteo que eclipsaba los contornos de los árboles... y una excesiva curiosidad quizá le hubiese llenado de plomo; en el caso de que mi cuerpo eyectara dicho material.

Me hallaba tendido en mitad del bosque, en lo más profundo de una montaña, circundado por un cráter humeante, disparando sin cesar. El polvo se levantaba a mi alrededor, rodeándome, como si el suelo hirviera.

En una ocasión había leído que en el universo einsteniano nada más hay más rápido que la luz. De modo que, si alguien tenía treinta años de edad, disponía de una burbuja personal de noticias con un radio de treinta años luz, un viril de realidad que se expandía a trescientos mil kilómetros por segundo. Fuera de esta hipotética esfera, ese alguien no existía en un sentido einsteniano.

Miraba las estrellas cuando recordé esto. Mi realidad, mis confines, con treinta y cuatro años de edad, eran muy amplios. No obstante, mi realidad se había reducido, limitándose a mi piel, como un astronauta calzado en su traje espacial. O un virólogo manipulando un precipitado de clase A con unos guantes aislantes en el interior de un receptáculo sellado. No tocaba nada. Nada era real, salvo mi interior. Mi vida se había empequeñecido hasta casi desaparecer.

Contuve ese último pensamiento, antes de que se escapase hacia el olvido, y le di unas cuantas vueltas, examinándolo desde todos sus ángulos. Quizás ahí estribaba la clave. Ya estaba muerto. Debía admitir eso. Y luego... un incontrolable estremecimiento se apoderó de mi cuerpo.



Encendí un cigarrillo con la mano temblorosa, protegiendo la llama del campo de Agramante en el que se había convertido la calle donde me encontraba. La llama se apagó, nada podía aislarla de los francotiradores... sólo yo estaba aislado. Bueno, pensé cínicamente, al menos es un buen método para dejar de fumar.

El cinismo era el arma que necesitaba para vencer la indecisión.

Pensé, sin saber la razón, que era triste acabar así, sin haberme casado nunca ni haber formado una familia. A decir verdad, nunca más me aproximaría a una chica. A no ser, pensé con cinismo, que a ella le excitara mi particularidad. Pero resultaba una parafilia sumamente peligrosa: sólo sería factible si yo adoptaba el rol de homosexual pasivo, ya que nadie podría situarse delante de mí. Por detrás, no había problema.

El cinismo era el arma que necesitaba para vencer a la indecisión.

La clave estaba ahí. Estaba muerto. Llevar esa realidad hasta sus últimas consecuencias se me antojaba difícil, porque sabía que el sufrimiento sería largo y penoso. Pero el sufrimiento sólo acontece en un cuerpo vivo, y me equivocaba al pensar que yo estaba vivo.

Me desnudé.

La metralla me hirió.

Empecé a sangrar. Cada vez más. El dolor era insoportable.

Todo acabaría en unas malditas horas.

Estaba muerto. Por ello no era descabellado pensar que el dolor que experimentarí al voltearme sobre mí mismo únicamente sería una ilusión producida por mi ignorante cuerpo.

Cuando tomé aquella decisión mis pensamientos tenían la consistencia de la gelatina y se deslizaban morosamente por mi cerebro, así que no sé si fue una decisión demasiado lúcida. De todas formas, no había marcha atrás. Me giré sobre mí mismo.

Los proyectiles impactaron bajo la tierra que me sostenía y fui hundiéndome en ella, como si descansara en arenas movedizas, mientras los fragmentos me escoriaban la carne. Me estaba enterrando voluntariamente.

Empecé a sangrar. Cada vez más. El dolor era insoportable.

Era tan lícito morir como creer que uno estaba vivo.

Todo acabaría en unas horas.

Autor: Sergio Parra Castillo, Segur de Calafell, Tarragona, España

Relato Inédito.

Hyperespacio Andrómeda www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.